

XIV

INCERTIDUMBRE DE JACOBO.

Dábanse, en tanto, en la mente de Jacobo, reñida batalla distintas y contrapuestas ideas. Sería injusto el suponer que tal estado de servidumbre era apropiado á su carácter, pues no sólo era amante de la autoridad y de los negocios, sino que además tenía alta idea de su dignidad personal. Ni puede asegurarse que careciese por completo de un sentimiento que tenía muchas afinidades con el amor patrio, lo cual hacía que le mortificase en extremo ver que su reino era contado por mucho menos en el mundo que otras muchas naciones inferiormente dotadas por la naturaleza. Por eso oía con entusiasmo á los Embajadores extranjeros cuando le excitaban á recobrar la dignidad de su rango, á ponerse á la cabeza de una gran confederación, á erigirse, en fin, en protector de tantas naciones ultrajadas, humillando el orgullo de aquella nación que había llegado á ser el terror del continente. Al oír tales exhortaciones, su corazón latía apresuradamente á impulsos de una emoción que nunca había conocido su indolente y afeminado hermano; pero bien pronto cedían tan nobles ideas ante un sentimiento mucho más poderoso. Una política exterior vigorosa necesariamente implicaba paz y completo acuerdo en el interior, pues no había medio de hacer frente al poder de Francia y al mismo tiempo sostener en el interior la lucha que exigía su afán de disminuir y acabar con las libertades del pue-

blo inglés. Nada grande podía emprender el Poder Ejecutivo sin contar con la ayuda de los Comunes, y para obtenerla era preciso obrar de conformidad con ellos.

XV.

POLÍTICA FLUCTUANTE DEL REY.

De este modo veía Jacobo que no era posible poseer á un tiempo las dos cosas que más deseaba. De éstas, miraba como secundaria el ser temido y respetado en el exterior, pues su primero y principal deseo era ser dueño absoluto y gobernar como tal, sin decidirse por eso ni resolverse á sacrificar uno de estos deseos á la realización del otro. De tal manera le dominaban estas ideas, que durante algún tiempo la irresolución que batallaba dentro de su pecho se manifestó en sus actos públicos, dando á su política extraña apariencia de indecisión y falsedad. Los que, sin darse cuenta de lo que pasaba en su interior, intentaban penetrar y explicar tan rara conducta, apenas podían concebir cómo el mismo hombre podía, en menos de una semana, ser tan orgulloso y tan humilde; y aun el mismo Luis XIV estaba perplejo ante tan inusitado y extraño cambio de un aliado que, en pocas horas, pasaba del más rendido homenaje á la desconfianza, y de la desconfianza á rendirle nuevamente vasallaje. Pero esto, que entonces apenas era dado á alguno vislumbrar, hoy, conociendo ya el conjunto de la conducta del Monarca, tiene fácil y clara explicación. En el momento de su advenimiento no sabía si la

nación se sometería pacíficamente á su autoridad, pues los *exclusionistas*, poco ha tan poderosos, podían levantarse en armas contra él y ponerle en gran necesidad del dinero y de las tropas francesas. Aceptó, por tanto, durante algunos días el papel de adulator y mendigo. Se disculpó humildemente por atreverse á convocar las Cámaras sin el consentimiento del Gobierno francés. Insistió en que se le mandase un subsidio de Versalles, y derramó lágrimas de alegría cuando llegaron las letras de cambio francesas. Mandó una embajada especial, encargada de asegurar al Monarca francés su adhesión y gratitud; pero apenas había partido la embajada, un cambio radical se operó en sus sentimientos. Había sido proclamado en todas partes, sin el menor escándalo, sin un solo grito sedicioso; y las noticias que se recibían de todos los puntos de la isla anunciaban que sus súbditos estaban tranquilos y dispuestos á la obediencia. Con esto su espíritu cobró aliento, y la degradante relación que le unía á una potencia extranjera le pareció intolerable. Hízose orgulloso, altivo, pundonoroso y guerrero. Hablando de la dignidad de su corona y de la balanza del poder, hacía uso de lenguaje tan elevado, que toda la Corte esperaba una completa revolución en la política exterior del reino. Mandó á Churchill que enviase una relación minuciosa del ceremonial de Versalles, á fin de que los honores con que había sido recibida la embajada inglesa fueran los mismos que se tributasen en Whitehall al representante de Francia. Las noticias de este cambio se recibieron con gran placer en Madrid, en Viena y en el Haya (1). A Luis XIV le divertía la nueva actitud del Rey de

(1) *Consultas del Consejo de Estado*, de España, de 2 y 16 de abril de 1685, en el archivo de Simancas.

Inglaterra. «*Mi buen aliado, decía, habla fuerte, pero tiene tanto amor á mis doblones como su hermano.*» Muy pronto, sin embargo, las esperanzas que la nueva conducta de Jacobo inspiraban á las dos ramas de la casa de Austria le hizo mirar este asunto con más seriedad, y aun existe una notable carta en la que el Rey de Francia manifiesta sus vehementes sospechas de haber sido engañado y de que el mismo dinero que había enviado á Westminster fuese empleado en contra suya (1).

Ya por este tiempo había vuelto en sí la nación de la tristeza y ansiedad causadas por la muerte del bondadoso Carlos. Los *tories* habían hecho repetidas protestas de adhesión á su nuevo amo, mientras que el odio de los *whigs* no osaba manifestarse; y aquella gran masa del pueblo que, sin ser realmente *tory* ó *whig*, se inclina ya á uno, ya á otro partido, continuaba del lado de los *tories*, pues la reacción que había seguido á la disolución del Parlamento de Oxford no había cesado aún en sus efectos.

XVI.

CELEBRACIÓN PÚBLICA DEL CULTO CATÓLICO EN PALACIO

No tardó el Rey en poner á prueba la lealtad de sus amigos protestantes. Mientras fué súbdito tenía costumbre de oír misa á puerta cerrada en un pequeño oratorio construido para su esposa. Pero actualmente

(1) Luis XIV á Barillon, mayo 22, 1685; Burnet, I, 623.

mandaba que las puertas se abriesen de par en par, á fin de que todo el que viniese á ofrecerle sus respetos pudiese presenciar la ceremonia. Cuando se alzaba la hostia reinaba gran confusión en la antecámara, y mientras los católicos se arrodillaban, los protestantes se apresuraban á salir. Pronto se erigió un nuevo púlpito en Palacio, donde durante la Cuaresma predicaban sacerdotes católicos, con gran descontento de los celosos partidarios de la Iglesia anglicana (1).

Pero muy pronto debía seguir una innovación aun más importante; pues como se acercase la semana de Pasión, el Rey determinó asistir á las ceremonias con la misma pompa que habían desplegado sus predecesores cuando asistían al culto de la religión del Estado. Dió parte de su intención á los tres miembros de su Consejo íntimo, requiriéndoles, al mismo tiempo, que le acompañasen. Sunderland, para quien todas las religiones eran lo mismo, consintió prontamente, y Godolphin, que en su calidad de chambelán de la Reina acostumbraba á darle la mano cuando iba á su oratorio, no sentía el menor escrúpulo de inclinarse oficialmente en el templo de Rimmon. Pero Rochester se hallaba en situación muy distinta. Su influencia en el país se debía principalmente á la opinión sustentada por los clérigos y por la *gentry tory* de que era celosísimo y sincero amigo de la Iglesia; de tal modo, que la general opinión de su ortodoxia había sido bastante á hacer olvidar faltas que, de otro modo, le hubieran hecho el hombre más impopular del Reino por su arrogancia sin límites, la extremada violencia de su carácter y sus maneras casi brutales.

(1) Clarke's, *Life of James the Second*, II, 5; Barillon, feb. 19, 1685. Evelyn's *Diary*, marzo 5, 1685.

les (1). Temía, pues, que si complacía al Monarca perdería mucho en la estimación de su partido; y así, después de un ligero altercado, obtuvo permiso para pasar fuera de la ciudad aquellos días. Todos los demás grandes dignatarios civiles recibieron orden de estar en sus respectivos puestos el domingo de Pascua; y después de un intervalo de ciento veintisiete años, se celebraron nuevamente en Westminster con regia magnificencia las ceremonias del culto católico. Los guardias ostentaban sus vistosos uniformes; los caballeros de la Jarretiera sus collares; el Duque de Somerset, que era el segundo noble del Reino, llevaba la espada real; un numeroso séquito de grandes lores acompañó al Rey hasta su asiento, pero se notó que Ormond y Halifax no pasaron de la antecámara. Algunos años antes, habían defendido valerosamente la causa de Jacobo, contra algunos de aquellos que ahora se mostraban más diligentes. Ormond no había tenido parte en la matanza de los católicos, y Halifax había sostenido animosamente la inocencia de Stafford. Mientras aquellos mismos que antes temblaban de furor á la sola idea de un rey papista, y que habían derramado sin piedad la inocente sangre de un noble católico, se esforzaban ahora por acercarse al altar de la Iglesia de Roma, bien podía el altivo y consecuente *equilibrista* satisfacer su solitario orgullo con tan impopular sobrenombre (2).

(1) *To those that ask boons
He swears by God's oons
And chides them, as if they came there to steal spoons.*
(*Lamentable Lory*, balada, 1694.)

(A los que solicitaban de él algún servicio contestaba con un juramento, y se enfurecía con ellos como si hubieran ido á robarle cucharas.)

(2) Barillon, abril 20, 1685.

XVII.

CORONACIÓN DE JACOBO II.

En la semana que siguió á esta ceremonia, tuvo el Rey que hacer un sacrificio mucho más grande de sus preocupaciones religiosas que cuantos hasta ahora había exigido de sus súbditos protestantes. El 23 de abril, día de la festividad del santo patrono del Reino, fué el designado para la coronación. Hallábase espléndidamente decorados la Abadía y los regios aposentos. La presencia de la Reina y de las damas daba á la solemnidad un encanto que se había echado de menos en la magnífica inauguración del último reinado; sin embargo, los que la recordaban, decían que se había cometido un gran olvido. Era antigua costumbre que, antes de la coronación, el Soberano, con todos sus heraldos, jueces, consejeros, lores y grandes dignatarios, fuese, en espléndida cabalgata, desde la Torre á Westminster. De estas cabalgatas, la última y más brillante era la que había recorrido las calles de la capital cuando aun estaba en todo su vigor el entusiasmo excitado por la Restauración. Cubrían la carrera arcos de triunfo, y en todos los principales barrios de la ciudad, en Cornhill, en Cheapside, en San Pablo, en Fleet Street y en toda la ribera, grandes tablados, á los lados de la calle, permitían á la multitud ver con toda comodidad el espectáculo. Toda la ciudad había podido contemplar la Monarquía en su más espléndida y solemne forma. Pero Jacobo pensaba de muy distinto modo;

pués cómo mandase hacer un presupuesto de lo que podía costar la procesión, al ver que ascendía casi á la mitad de lo que se proponía gastar en cubrir de joyas á su esposa, determinó ser espléndido cuando hubiera podido ser económico y escatimar y regatear donde la profusión hubiera sido excusable. Más de cien mil libras esterlinas se gastaron en el traje de la Reina, pero, en cambio, fué omitida la procesión de la Torre. Lo desacertado de esta medida fácilmente se comprende. Si la ostentación tiene alguna utilidad en la política, es solamente como medio de herir la imaginación de la multitud, siendo, por consiguiente, el colmo del absurdo privar al pueblo de un espectáculo que tiene por principal objeto impresionarlo y atraerlo: y Jacobo hubiera dado muestra de más discreta munificencia y mayor tacto político, si con la pompa acostumbrada hubiera atravesado la ciudad de Oriente á Occidente, aunque el traje de su esposa no luciera tantas perlas ni tantos diamantes. En mucho tiempo, sin embargo, fué seguido su ejemplo por sus sucesores, y grandes sumas, que bien empleadas hubieran proporcionado el mayor placer á una gran parte de la nación, se gastaban profusamente en un espectáculo de que sólo tres ó cuatro mil personas privilegiadas podían disfrutar. A la larga, volvió en parte á renacer la antigua costumbre, pues el día de la coronación de la Reina Victoria hubo una procesión, en la que, si bien se echó de menos la antigua espléndidez, pudo verse con qué interés y delicia la contemplaron medio millón de súbditos, proporcionándoles indudablemente mayor placer y excitando más entusiasmo que la lujosa y espléndida ceremonia á que sólo pudo asistir un círculo escogido dentro de la Abadía.

El Rey había ordenado á Sancroft que abreviase el

ritual, lo que públicamente se atribuía á que, siendo el día muy corto, apenas daba tiempo para todo lo que había que hacer. Pero quien examine los cambios y reformas de la ceremonia, notará que el objeto del Monarca era evitar lo que había más ofensivo á sus religiosos sentimientos de celoso católico. No se leyó el servicio de la Comunión, y se omitió la ceremonia de presentarle un ejemplar de la Biblia inglesa, ricamente encuadernado, exhortándole á estimar más que todos los tesoros terrenales el mismo libro que le habían enseñado á mirar como manchado con falsas doctrinas; pero lo que aun quedó, después de todos estos recortes, hubiera bastado á inspirar escrúpulos en la mente de todo aquel que con sinceridad mirase la Iglesia anglicana como sociedad de herejes en cuyo gremio no había salvación posible. Hizo el Rey su ofrenda ante el altar y pareció unir sus votos á los de los Obispos cuando entonaban las peticiones de la Letanía, recibiendo de aquellos falsos profetas la sagrada unción, símbolo de la divina influencia, y con rostro contrito se arrodilló cuando invocaban al Espíritu Santo, para que descendiese sobre su espíritu, aquellos mismos que, á su juicio, eran sus peores y más empedernidos enemigos. Tales son las contradicciones de la naturaleza humana, que este hombre, que á impulsos del fanático celo que su religión le inspiraba sacrificó tres reinos, no vaciló en cometer casi una apostasía, antes que privarse del infantil placer de verse investido de los ornamentos, símbolo del poder real (1).

(1) Dedúcese del despacho de Adda de 22 de enero de 1636, y de lo que respecto á esto dice el P. d'Orléans (*Histoire des Révolutions d'Angleterre*, lib. xi), que la conducta del Rey no tenía disculpa á los ojos de los buenos católicos.

Estaba encargado del sermón Francisco Turner, Obispo de Ely, que era uno de aquellos escritores que aun afectaba el desusado estilo del Arzobispo Williams y del Obispo Andrews, de modo que el sermón estaba erizado de extravagantes conceptos que setenta años antes hubieran sido admirados, pero que en aquella sazón sólo servían á excitar el enojo y el aburrimento de una generación acostumbrada á la más pura elocuencia de Sprat, de South y de Tillotson. El rey Salomón era Jacobo, Adonijah era Monmouth, Joa era un conspirador llamado Rye House, Shymey un *whig* libelista, y Abiatar un honrado anciano llamado Cabaliers. Una frase del libro de las Crónicas le sirvió para indicar que el Rey estaba por encima del Parlamento, y con otra probó que él solo debía tener el mando del ejército, haciendo sólo, al fin del discurso, una ligera y tímida alusión á la situación nueva y embarazosa de la Iglesia anglicana con un Soberano católico, para lo cual recordó á sus oyentes que el emperador Constancio Cloro, aunque gentil, había siempre honrado á los cristianos que permanecían fieles á su religión, tratando, al contrario, con desprecio á los que pretendían por medio de la apostasía conquistar su favor. Terminado el servicio religioso en la Abadía, hubo banquete oficial en la Gran Sala; después del banquete, vistosos fuegos artificiales, y después de los fuegos, muchos y muy malos versos (1).

(1) *London Gazette*; *Gazette de France*; *Clarke's, Life of James the Second*, II, 10; *History of the Coronation of King James the Second and Queen Mary*, por Francisco Sandford, heraldo de Lancaster, folio, 1637; *Evelyn's Diary*, mayo 21, 1685; *Despachos de los Embajadores holandeses*, abril, 10, 1685; *Burnet*, I, 628. Fauchard, III, 134; *Sermón pronunciado ante SS. MM. el rey Jacobo II y la reina Maria en el acto de su coronación, en la Abadía de West-*

XVIII.

ENTUSIASMO DE LOS TORÍES.

Puede fijarse este momento como aquel en que el entusiasmo del partido *tory* llegó á su más alto grado. Desde el advenimiento del nuevo Rey habían abundado las manifestaciones en que declaraban la profunda veneración que sentían, así por la persona como por la dignidad del Soberano, y los sangrientos ataques en que se desencadenaban contra los vencidos *whigs*. Los magistrados de Middlesex daban gracias á Dios por haber confundido los designios de los regicidas y exclusionistas, que no contentos con haber asesinado á un Monarca inocente, querían destruir hasta los cimientos de la Monarquía. La ciudad de Gloucester execraba á los sangrientos villanos que habían intentado privar al Rey de su legítima herencia; la burguesía de Wiyan aseguraba defender al Soberano contra todos los que, como Aquitofel, conspirasen, ó fueran rebeldes como Absalom, y el gran Jurado de Suffolk esperaba que el Parlamento proscibiría á todos los exclusionistas. Muchas corporaciones se comprometían á no volver á enviar á la Cámara de los Comunes á ninguno de los que habían votado en contra de la sucesión de Jacobo, y

minster, por Lord Francisco, Obispo de Ely, gran limosnero. He visto una descripción de la ceremonia, de autor italiano, publicada en Módena, notable principalmente por el ingenio con que trata de ocultar su autor el hecho de que los salmos se cantaban en inglés y los Obispos eran herejes.

hasta la misma capital se había mostrado obsequiosa como nunca, rivalizando en servilismo comerciantes y legistas. El Tribunal y la Chancillería enviaron al Monarca fervientes protestas de sumisión y adhesión, al mismo tiempo que todas las grandes sociedades comerciales, la Compañía de la India Oriental, la de Africa, la de Turquía, la Moscovita, la de la Bahía de Hudson, la de comerciantes de Maryland, la de Jamaica, y, en fin, la de los *Aventureros*. Todas declaraban que con gran placer habían cumplido el Real edicto que les obligaba á seguir pagando los derechos de aduanas como en el último reinado. Bristol, la segunda ciudad de la Isla, hizose eco de la voz de Londres; pero en ningún sitio era mayor el espíritu de lealtad que en las dos grandes Universidades, pues mientras Oxford declaraba que nunca se apartaría de aquellos principios religiosos que la obligaban á obedecer al Monarca sin restricción ni limitación de ningún género, Cambridge condenaba en severos términos la violencia y la traición de aquellos hombres turbulentos que habían intentado maliciosamente apartar el curso de la sucesión de su antiguo cauce (1). Manifestaciones de esta clase llenaron, durante mucho tiempo todos los números de la *Gaceta de Londres*; pero los *toríes* no limitaban á esto la demostración de su celo, á lo que les ofrecía ancho campo la convocación del nuevo Parlamento, que como ya por entonces se hubiera publicado, hallábase el país agitado por el tumulto de las elecciones generales.

(1) Véase la *Gaceta de Londres* de los meses de febrero, marzo y abril, 1685.